

26º FESTIVAL DE JAZZ DE VITORIA

El huracán Van Morrison arrasa

La gran sorpresa fue la presencia de otro mito, Chris Farlowe

MIQUEL JURADO, Vitoria
Salíó el sol en Vitoria, la noticia se comentó ampliamente, las prendas de abrigo volvieron al ropero y Mendizorrotza se puso al rojo vivo. Por la noche, el causante de la oleada de calor fue un pequeño y malencarado irlandés escudado tras sus gafas de sol, con el sombrero calado hasta las cejas y un cierto aire de yo pasaba por aquí. La típica imagen del Van Morrison de las últimas décadas. Su norma es llegar y arrasarse. Por Vitoria pasó como un auténtico huracán.

El vendaval Morrison se inició semanas antes cuando su solo anuncio despertó una inusitada expectativa que ni siquiera históricos del tamaño de Miles Davis habían provocado en los 26 años de festival. En sólo tres horas se colgó el cartelito de agotadas las localidades. Cientos de alaveses se quedaron con la miel en la boca y un cierto cabreo por no haber corrido lo suficiente. Los políticos de todos los colores (gobierno, oposición y alcaldía) fueron más hábiles y consiguieron su plaza en primeras filas, no era cuestión de desperdiciar una ocasión de oro para dejarse ver en un ambiente cool. La parte municipal se mostró mucho más entusiasta que la gubernamental, aunque pudo verse al *lehendakari* mover el pie a ritmo en un par de ocasiones.

Sin concesiones

Más que un horno, el polideportivo de Mendizorrotza parecía una olla a presión que estalló con la sola aparición de Van The Man. Este verano, Morrison presenta su cara *rhythm and blues*, sin duda la que mejor le sienta, así que fue empalmando un trallazo de ritmo tras otro. Justo lo que el respetable esperaba. Algún clásico de la envergadura de *Moondance* se coló entre las melodías de su último plástico. Un concierto casi sin concesiones, duro y trepidante que se coronó con una *Gloria* apoteósica. Morrison cantó con esa desgana que se ha convertido en una de sus mejores armas, su voz atronó como de costumbre, hizo amagos de tocar el saxo alto, se desmelenó



Van Morrison, durante su actuación en Vitoria. / PRADIP J. PHANSE

(poco) con la armónica y rascó en algún momento su guitarra. A su lado, un grupo efectivo se encargó de mantener el ritmo sin demasiadas ostentaciones. Los acompañantes de lujo de hace unos años han sido sustituidos por músicos impecables, pero se echaron en falta solos de más enjundia.

La gran sorpresa fue la presencia de otro mito del *rock and blues* británico: Chris Farlowe. El histórico cantante telefonó con un par de temas a Morrison y después compartió micrófono con el león amansado en varias canciones. Un dúo estremecedor en *Sometimes we cry* fue lo mejor y más caliente de una velada calurosa y que el técnico de sonido de mister Morrison boicoteó a su invitado, cuya voz siempre salía por los altavoces algunos decibelios por debajo de la del patrón.

La noche podría haber acaba-

do aquí y todo el mundo habría salido contento, pero la costumbre tan arraigada como discutible de programar dobles conciertos alargó innecesariamente la velada con la presencia de la Mingus Big Band, que nada aportó.

La Mingus Big Band no es esencialmente un proyecto artístico, sino un buen negocio de Sue Mingus, viuda del llorado maestro, dispuesta exprimir hasta la saciedad la marca registrada de su marido. Bajo esa premisa reúne a grandes solistas para que interpreten viejas partituras de Charles Mingus y otras que ha ido rescatando del desván. Una idea que sólo cuaja por momentos al no existir una dirección férrea que controle tanta individualidad volcánica. En esa anarquía, el recuerdo de Mingus es sólo una excusa para *tuttis* nerviosos e intemporales explosiones personalistas.

LOS ENCUENTROS DE SANTANDER

Teresa Berganza y otros maestros

ENRIQUE FRANCO, Santander

El término y concepto de *encuentros*, una vía abierta a la liberación de la excesiva competitividad de los concursos, adopta en el caso de Santander una significación plural y altamente interesante. Los Encuentros del mes de julio en la capital de Cantabria se producen entre grandes maestros y grandes alumnos y a la vez entre grandes centros musicales de formación musical superior: Helsinki, Londres, Berlín, Colonia, París y Madrid se encuentran para sumar colaboración y contrastar orientaciones, y todos ellos se encuentran con el público de siempre y con otro nuevo que llena cada día el Palacio de los Festivales y los espacios de hasta 28 ciudades y pueblos de la comunidad.

Bajo el impulso de la directora Paloma O'Shea y la dirección competente del húngaro-francés Peter Czaba, hemos escuchado el miércoles la perfecta belleza y transparente claridad de Mendelssohn en su *Oteto para cuerda*, de 1815, y el trágico dolor de Pergolese en el *Stabat Mater*, una de las más hondas musicalizaciones del famoso texto de Jacopone de Todí. Cantaron Teresa Ber-

ganza y su discípula venezolana Ana Lucrecia García e hicieron unidad de estilo y de emociones. Teresa es, sobre todo, una gran artista y sus lecciones agudizan el sentimiento y el rigor musical al máximo. El excelente conjunto instrumental del encuentro, bajo la guía certera de Czaba, lograron, junto a las dos solistas, una versión de referencia. Pocas veces se escuchará la obra de Pergolese con tanta verdad y tan ejemplar pureza.

En la sala Pereda, un ejemplar trío de jóvenes instrumentistas rusos formado por Tatiana Samouil, violinista; Natalia Tchich, viola, y Pavel Gomiakov, violonchelista, explicaron con luces esplendorosas las célebres *Variaciones Goldberg*, de Juan Sebastián Bach, desde el frescor de su juventud y el anticipado magisterio de sus estudios en Europa, y actualmente en la Escuela Reina Sofía, junto a García ASENSIO, Gerard CAUSÉ y Natalia SHEKSKAIA. Quedó muy clara la posibilidad de otro encuentro personalizado al máximo por el genio de Bach: el de la música como ciencia y como experiencia estética de belleza entera y perdurable.

POP ► BRYAN FERRY

La prueba del almidón

Bryan Ferry

Cuartel del Conde Duque. Madrid, 17 de julio.

DIEGO A. MANRIQUE

Sobre el papel, un concierto de Bryan Ferry en 2002 resultaba francamente atractivo. Prometía ofrecer algunas clásicas de Roxy Music más unas cuantas joyas de la carrera de Ferry en solitario. Delicioso, ¿verdad? En la práctica ¡bastante decepcionante! Mister Ferry sigue conservando una presencia entrañable: impecable y con flequillo, muestra una fragilidad que en nada se parece al "lagarto de salón" de sus sueños. Es un dandi —en términos comerciales— que se defiende con profesionalidad.

Ah, la profesionalidad. En su caso, se traduce por tener una ban-

da de tres coristas-bailarinas más ocho instrumentistas. Músicos que parecen haber sido seleccionados por su capacidad de transformación: algunos tocan dos o tres instrumentos y hasta hacen voces. Sin embargo, tanta polivalencia no podía ocultar la carencia de alma. Lo de "alma" es un intangible, pero sirve para distinguir entre un concierto compacto y un espectáculo de variedades. El miércoles hubo más de lo segundo. Asistimos a un desfile de canciones que sonaban más o menos brillantes y que se sucedían sin llegar a construir un recital coherente.

Ferry mantuvo su obsesión dylaniana, interpretando nada menos que tres piezas del cantautor, con ráfagas de armónica en *It's all over now, baby blue* y *Don't think twice, it's alright*. *Oh yeah (on the*

radio), sonó con aceptable energía pero sin conseguir crear continuidad ambiental. Lo mismo con la versión del *Jealous guy*, de John Lennon: a pesar de que Ferry resolvió con elegancia su escasa implicación interpretativa, revelaba una insólita tacañería emocional. Y tacaño fue el concierto que Ferry cortó cuando no llevaba hora y cuarto. El modelo operativo fue el del *coitus interruptus*. La insensibilidad demostrada por Ferry al cerrar tras 17 canciones tuvo su colofón en la actitud de algún miembro de su discográfica española, tan desprecupados por ayudar a los informadores como interesados por conseguir que algún ex ministro y otras personalidades del PP entren al camerino de la estrella. ¡Y pensar que Ferry es hijo de minero y solía presumir de votar laborista!

GOLDEN MEDIA FILMS PRESENTA

TAXI para 3

Daniel Muñoz Fernando Gómez-Rovira Alejandro Trejo

Director
Orlando Lübbert

CONCHA DE ORO A LA MEJOR PELÍCULA
FESTIVAL DE CINE DE SAN SEBASTIAN

VERDI HOY ESTRENO